LIBROdot.com

LOS SERVIDORES

Charles Maurras



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Los jefes combaten por la victoria;
los soldados por los jefes.
Tácito.

I

Critón descendía entre los muertos. Y sus labios sonreían ante las lamentaciones entrecortadas que las brisas áticas llevaban a sus oídos.

¡Pobre Critón! Pierdes a tu mujer, pierdes a tus hijos, pierdes la dulce Atenas!... Tus centenares de esclavos no te serán de ninguna utilidad en adelante!... ¿Quién tendrá cuidado de ti?..." Convertido en sombra sutil, sonreía al oír esas palabras y seguía andando ligeramente. El hombre juicioso lleva siempre en sí mismo su tesoro.

II

Mercurio surgió entre las colinas, más pálido que la luna. Su vuelo guiaba hacia el occidente una multitud de sombras llorosas. En vano sacudía los botones llenos de leche del árbol que deshace los encantamientos; todas las almas estaban llenas del sortilegio de la vida. Aunque se les librase de la influencia de los planetas salvajes, la tristeza seguía poseyéndolas. Pero Critón, marchaba y un viento de curiosidad guiaba sus pasos; de modo que, si su sandalia no se hubiese de pronto desatado, su carrera habría sido igual a la carrera del hijo de Júpiter. Pero no sólo se desata, sino que fue a caer en el fondo de un abismo a inmediaciones del camino celeste. Critón tuvo necesidad de ir, cojín cojeando, a recogerla para ponérsela de nuevo y eso le ocasionó un gran retraso. Luego siguió volando, mas Mercurio le hizo ver que su manto tenía algunas manchas de lodo; él las limpió con sus manos y su paso fue menos ligero.

III

Soñó entonces en aquel niño comprado en Tebas que en otro tiempo lo acompañaba para cuidar de sus sandalias y de su manto y que ya había muerto. Esta idea lo entristeció haciéndole sonreír de nuevo: "Los vivos me creen muerto por lo cual ellos están muertos para mí". Como esa meditación le pareciera llena de buen sentido, quiso escribirla y comentarla.

-Que se recojan -dijo- las frases que yo dicte.

IV

Pero en seguida se echó a reír viendo que acababa de hablar solo, como los mortales que sueñan; habíase visto, en efecto, rodeado de secretarios, sabios en el arte de conservar la fineza de los pensamientos; uno de ellos, hijo de Sicilia, leía los ensueños del maestro en los pliegues de su frente; el otro sabía hacer venir a sus labios

las palabras aladas que trataban de escaparse. Privado de esos auxiliares, el ateniense gimió:

-¡Por Diana! Los bárbaros tienen razón al inmolar ante los manes del señor sus más útiles esclavos, pues bajar solo al infierno es una desgracia insoportable.

V

Mercurio volvió la cabeza y dijo:

-No te quejes; tú has pertenecido a un siglo dichoso; mas si los gramáticos te han instruido en letras humanas, hoy te toca leer las promesas escritas sobre las tablas del Destino.

Ambos acababan de franquear la puerta del mundo; sobre la fachada brillante, había un rótulo sagrado que Mercurio señaló con el índice. Todo lo que sucede en el universo está marcado ahí.

Critón leyó de corrido:

"Un Cristo hebreo vendrá al mundo.

"Y libertará al esclavo;

"Y depondrá del trono a los fuertes;

"Y colocará a los primeros por debajo de los últimos para que su gloria sea cantada en la vida eterna."

VI

"Critón", entre los griegos, significa espíritu justo y sentido recto. Por eso la predicción le afligió, al entrever en ella la edad de hierro; al pensar que llegaría una época en la cual el hombre, dueño de sí mismo, dueño de su propia virtud andaría por la tierra solo y mudo entre las sombras. Su razón, indignada, lo abandonó algunos instantes; las imprecaciones brotaron de su boca como de la boca de un beodo. Pero pronto notó que hacía mal, y con el rostro lleno de rubor:

VII

"¡Ay de mí! -dijo-. Eso no me habría sucedido si yo tuviese a mi lado al bufoncillo de Etiopía, pues entre bromas, equívocos y golpes, yo esparcía sobre él mi mal humor y mi impaciencia. Cuando bailaba, yo lo maltrataba, yo lo hería, y sus gestos calmaban mi dolor y purgaban mis pasiones. Ese hermoso niño me hacía digno de oír los discursos de Platón y las gracias de Menandro. Sin tal ser, ministro de mi tranquilidad, me encuentro entregado a mi dolor y eso es horrible porque mis cóleras me hacen daño; no teniendo a nadie a mi lado, yo mismo me abofeteo como un personaje de comedia..."

VIII

Habían llegado a las orillas del Estigio; la corriente murmuraba con tristeza. Critón echó una mirada sobre ese espejo de las tinieblas y miróse en él aunque a penas se reconoció. Ningún ateniense habría podido reconocer en esa imagen del celeste Critón al hombre delicioso que era honra y prez de su ciudad, pues la inquietud, la fiebre y los cuidados, habían transformado en pocas horas sus facciones. Su tez de un rojo oscuro cubríase de pústulas ligeras que denotaban un humor agrio; sus ojos se

contraían; sus cejas se crispaban; las comisuras de sus labios plegábanse amargamente y él no osaba moverse, encontrándose horrible. Mirando su imagen, lamentábase de que ese espejo digno de su fealdad no lo absorbiera como el otro absorbió a Narciso.

IX

El viejo Carón le reclamó su óbolo dos veces consecutivas; y como él no respondiera nada, el nauclero le dio dos golpes de remo en la espalda. Y así, su noble lentitud para salir del barco le produjo en el cuerpo nuevas llagas. "Eso es triste -dijo entonces- triste y duro. Perdí la belleza, la agilidad de miembros y hoy me es necesario sufrir!..." Por fortuna, Minos, que tenía una alma buena, lo condujo sin tardanza a los Campos Elíseos.

X

A lo lejos, muy a lo lejos, su vista descubrió una llanura tapizada de flores que le eran queridas. El día brotaba del seno de las brisas y se escapaba de la cima de las plantas. El rostro de los bienaventurados estaba hecho de luz y las figuras que se dibujaban sobre las colinas de hierba, tenían líneas harmoniosas como las de un hermoso cuerpo distribuido entre cien personas.

XI

Critón vio algo que le era más querido que todas las flores: vio, en un cielo admirable y sereno que hasta el reflejo del sol habría manchado, a las nueve Musas que cantaban a los pies de Júpiter. Sus voces y sus movimientos eran harmónicos y tranquilos; bastaba dirigirles una mirada, para que el alma se serenase. Mas Critón estaba fatigado: su cuerpo y sus vestidos le pesaban.

"Luego tendré tiempo -dijo- para escuchar a esas diosas; por lo pronto descansemos." Y pensó bañarse. En un ramillete de mirtos y de laureles floridos, cinco corrientes jóvenes mostraban sus cuernos dorados y sus coronas de espigas maduras; todas jugaban sobre la onda inquieta y llena de purezas virginales. Él comenzó a desnudarse, decidido a aumentar con su cuerpo el grupo divino.

XII

Pero su buen deseo no había pensado en los broches y en los nudos de su túnica, por lo cual sus manos desgarraron algunas telas preciosas, lo que lo acobardó obligándole a acostarse bajo un álamo entre cuyas ramas revoloteaban multitud de llamas puras y musicales como el viento. Esa harmonía fue una cuna en donde su alma se meció; una media-felicidad vino a colocarse a su lado, pero viéndose solo, Critón no se atrevió a tocarla por miedo que su corazón se rompiera al abrirse para recibirla, no teniendo cerca a nadie que recogiese el exceso de alegría que iba a brotar de su ser. Al fin se adormeció; y los siglos pasaban junto a él sin despertarlo, mientras que el asfodelo fabricaba collares para su garganta, brazaletes para sus muñecas y coronas de hiedra y de volúbilis para su cabeza.

XIII

Una voz lo despertó:

-¡Oh! Critón, señor mío!

Antes de que él hubiese tenido tiempo para volver la cabeza, Androcles apareció conduciendo una alegre banda. Androcles era quien administraba, en Atenas, los palacios y los bienes de Critón; era el mejor de los esclavos, el jefe de los demás. Todos venían a buscarlo y todos reían y lloraban al mismo tiempo, agitando los brazos y estrechándose.

-¡Al fin hemos encontrado a nuestro maestro, amigos!

XIV

Algunos servidores dirigiéronse hacia los bordes del océano para llamar a los que aun seguían buscando a Critón. Todos corrieron; la belleza tranquila de las sombras, iba ya a abandonar sus frentes por culpa de la aflicción y del error.

Critón reconoció a un pastor de Corinto a quien había puesto en cruz sin motivo:

-¿No me guardas rencor? -le dijo.

El esclavo le respondió llorando:

-Señor: era necesario que yo sufriese hasta la muerte para complacerte, y sufrí. Luego me desquité, bien o mal. Mas tú, señor, ¿por qué nos abandonaste? Mis sufrimientos no comenzaron sino cuando no supe ni qué hacer ni qué deseos llenar...

XV

Todos decían cosas semejantes, y los que no hablaban con los labios hablaban con la mirada. Luego la satisfacción comenzó a cubrir los rostros de antigua belleza. Critón rompió sus ligaduras floridas, levantóse y fue a sentarse en la cima de una colina; sus servidores se colocaron a su alrededor: Androcles y los sectarios, ocuparon a su lado el primer rango; en seguida vinieron los músicos; y por último los esclavos encargados de los jardines, de la ropa y de los víveres, que formaron un círculo parecido a los cimientos de una pirámide. Sin romper la harmonía del cuadro, éstos subían y bajaban para lavarlos pies del señor, para llevar perfumes, agua de esmeralda, esponjas, frutos de Hesperia, copas de aceite virgen y garrafas de néctar. Los bailadores ondulaban y los payasos se contraían bajo los arcos de violetas mientras Critón trataba de imprimir indolentemente, con su batuta, a los instrumentos y a los cuerpos, sonidos y movimientos voluptuosos. La felicidad había hecho

coronas de luz para todas las cabezas; y entre aquellos centenares de hombres, no había uno solo que no tuviese la mirada fija en Critón; pero la frente de Critón se confundía con los astros y su mirada llegaba a donde la mirada de los esclavos no habría nunca podido llegar, es decir, hasta la corona de las estrellas, de las bellas musas y de los dioses.

XVI

-Todos te miramos ¡oh Critón! y cada uno de nosotros, siguiendo el ejemplo de tu rostro cuyas facciones están llenas de reflejos celestes, alcanzamos la belleza que Júpiter nos concedió.

Así cantaban los cantores; y la casa entera de Critón repetía los sonidos.

XVII

La presencia del maestro hizo que Androcles discurriese con la discreción de un filósofo:

-Más de una vez, señor, acariciamos, durante nuestra vida, el ensueño de la libertad, porque como éramos insensatos, nos figurábamos que la independencia consiste en la supresión del jefe. Tu dulce autoridad nos parecía un fardo demasiado grande para nuestras débiles espaldas; sin embargo; tú nos honrabas ¡oh amado de las musas! empleándonos en tus palacios; tú guiabas nuestro pensamiento según el tuyo propio; y si nosotros vivíamos para ti, tú vivías páralos dioses. Nuestros cuerpos te servían de escabel; pero cuando la luz celeste coronaba tu cabeza, un rocío misterioso inundaba nuestras frentes y tu gozo supremo nos embriagaba.

XVIII

-¡Pero! ay! tú desapareciste y esas fuentes se secaron y no volvimos a ver ni Arte ni Religión; porque ninguno de nosotros habría podido tocar, sin morir, a esas grandes divinidades eternas y bellas que son dueñas de la vida y principio de la harmonía... Sentimos que nuestros corazones se desplomaban bajo sus mismos pesos. Carón me maltrató duramente a orillas del Estigio porque tú no estabas a mi lado para hacerme comprender que ya era tiempo de embarcarme; junto a Minos varias personas nos acusaron para salvarse, pero el juez, nos dijo: "Habiendo servido a Critón, bien podéis escapar hoy al castigo, pero tratad de no llenaros nuevamente de deshonor." Así, pues, maestro, tú nos salvaste y sin ti el ridículo y la maldad nos habrían cogido entre sus redes.

XIX

"¡Tanto sufrimos ¡oh Critón! que los Campos Elíseos no pudieron consolarnos. El fastidio nos mataba porque nuestras manos, que como tú lo sabes, son hábiles para cien labores diferentes, no encontraban nada que hacer porque tu dirección les hacía falta. Decíamos a nuestra alma: "¡Almita querida! ¿qué deseas?" La luz de esos cielos que te alimentan, las cegaban y ellas se veían inquietas en las corrientes; y sus sombras ligeras, pálidas, extenuadas, se afligían; y obedeciendo a voluntades sin número, pulverizábanse para volar en alas del viento. Siguiendo ese ejemplo, nosotros también nos repartíamos, nos aislábamos. A veces tratábamos de unirnos, pero era en vano pues cada uno erraba solo, disolviendo su propio ser. Nuestros esfuerzos en favor de la reconstitución eran inútiles ante las nubes y las brumas que se levantaban sobre nuestra tierra..."

XX

-¿Por qué -preguntó Critón- no poníais un cetro en las manos del más hábil?

-Una vez tratamos de hacerlo y mis compañeros me nombraron jefe, para ser dichosos, acordándose sin duda deque yo era, en Atenas, el que más confianza te había inspirado siempre; mas aunque no estoy seguro de haber dado una orden, sí lo estoy de que nadie me obedeció... ¿Y cómo habrían podido obedecerme?... Las almas de los hombres no han nacido del mismo origen y los hijos del barro no pueden nunca elevarse al rango de los que fueron concebidos por los dioses en lecho de púrpura.

XXI

-Los labios de la fortuna vuelven hoy a sonreírnos puesto que al fin te hallamos. En adelante no nos abandones; mira, querido maestro, que tenemos necesidad de un padre, de una madre, de un amigo fiel. Todo lo que venga de ti será bienvenido, hasta las injurias y los golpes, pues eso forma parte de nuestra condición y los males más grandes se convierten en regalos celestes cuando caen en lugar conveniente. No hay dicha comparable a la de cumplir las órdenes que Júpiter escribió con letras divinas sobre nuestro pecho.

XXII

Critón contó a su vez la historia de sus desgracias, sin hablar tanto como Androcles.

Su rostro brillaba deliciosamente.

Al fin besó con sus labios a Androcles; este trasmitió la caricia a los dos esclavos que estaban más cerca de él, encargándoles que fueran así pasándosela por rangos. Critón miraba complacido y contento cómo su beso nupcial se repartía sobre toda la colina.

Aún no había terminado esa ceremonia, cuando Critón vio venir a un niño hermosísimo que tenía en la mano la copa de un lirio abierto:

-Vosotros me conocéis -dijo- yo soy Mercurio. He aquí la copa del Leteo. ¿No hay entre vosotras, almas escogidas, alguna que acaricie el ensueño secreto de ver de nuevo su patria? Bien veo que todos reís con alegría celeste, pero, no obstante, reflexionad despacio y decid si no lloráis algo en el fondo. Yo puedo devolveros vuestra tierra, vuestra vida de antaño y vuestro sol.

XXIV

Al oír este discurso, los servidores bebieron con más esperanza el fuego que brotaba de las pupilas de Critón sin saber qué responder. Critón se llenaba de una belleza suprema pensando en las murallas atenienses. Bajó la vista para no embriagarse con ilusiones descabelladas; luego, dirigiéndose al grupo de musas que continuaba cantando en la mesa incorruptible de Júpiter su canto del mundo:

-Las flores del Ática -dijo-tienen un perfume imperecedero... Sin embargo, dime, Mercurio, si nuestra ciudad de Atenas sigue siendo la más hermosa entre todas las que baña el mar Egeo. Dime también: ¿cuáles son los oradores? ¿cuáles son los filósofos? Los poetas dramáticos de hoy ¿valen más que los de mi tiempo? Responde sin rodeos, cualesquiera que sea la verdad, porque no querría decidirme a renacer antes de saber a donde iría.

-Hablas cuerdamente, Critón. Sabe pues, que Atenas existe aún y aun florece; tu ciudad es un luminoso campo de ruinas.

-¡Como! ¿Está arruinada?

-Sí; y devastada.

El griego se puso pálido; pero después de un momento volvió a tomar la palabra:

-Eso no importa, Hermes, porque yo sabré reedificar.

-Sabe también que un monarca de sangre bárbara es dueño de ella.

-Tracio o esticio, lo mismo da, puesto que será expulsado.

-Además, Critón, no busques ahí de nuevo el coro de tus poetas. Todos han muerto y sus cantos no son oídos sino por hombres poco agraciados que se creen hábiles porque llevan círculos de cristal que empañan sus pupilas. ¿Quieres volver a Atenas? Vuelve, pero no ignores que los beocianos la han convertido en campo suyo y que Palas emigró de ahí desde hace mucho tiempo.

Después de formar un plan para reducir a los bárbaros a sus florestas de Hercinia, Critón dijo:

-Sí, Mercurio, es necesario que yo reviva. La ciudad infortunada tiene necesidad de sus ciudadanos... Estas almas seguirán mi ejemplo.

Y señaló con el índice a sus esclavos, los cuales extendían ya la mano hacia la copa en donde brillaba el Leteo cubierto de miel.

Critón los detuvo:

-Perdona ¡oh dulce dios! que yo ose pronunciar una nueva palabra. Cuando hace largos siglos llegamos juntos a los bordes de la onda negra, tú me hiciste leer unas inscripciones funestas. ¿Nació ya ese Cristo hebreo al cual se referían?

-Sí, Critón, ya nació.

-¿Ha depuesto a los fuertes del trono, como lo prometiera?

-Sí -contestó Mercurio.

Y el eco de los Campos Elíseos repitió gimiendo:

-Sí, sí.

-¿Ha colocado a los últimos por encima de los primeros? ¿Ha hecho a Cleón igual al hijo de Sofonisbo?

-Sí, Critón, ha hecho lo que había prometido.

-¿Y todo eso ha salido bien?

-Perfectamente.

XVIII

Critón suspiró, sin comprender por completo cómo el absurdo había logrado triunfar:

-También sé que, según ese mismo Cristo, los esclavos serán un día libres... ¿Ha llegado, acaso, la hora de oponerse?

-Cerca de trescientas setenta y tres olimpiadas han transcurrido desde que el hebreo gritó en su cruz: Mi obra está concluida; y en efecto, ya los esclavos no lo son sino de sus propias almas y no tienen más yugos que los de la vida y la muerte. ¡Hoy todos son dueños de sus corazones y la servidumbre está abolida, queridas sombras!

Todos los esclavos se acercaron temblando, y preguntaron:

-Gran Hermes ¿a dónde nos conduces?

Mercurio creyó deber contestar:

-A la libertad, amigos míos.

XIX

Pero el viejo Androcles se prosternó ante Critón, besóle las rodillas y dijo:

-Guárdate, querido maestro, de hacer que nuestras desgracias recomiencen, y piensa en los infortunios que sufrimos antes de encontrarte aquí. En la tierra se sufre siempre como nosotros sufrimos lejos de ti. Yo me figuro cómo los antiguos esclavos deben hoy consumirse de fastidio, sin jefe y sin ley. Para vivir les hará falta alguien a quien servir y a quien saludar. Además no faltarán conquistadores que los maltraten de

vez en cuando, y esa opresión no les será de ninguna utilidad porque ellos no la aceptarán de grado. Obedecerán por la fuerza y aun sus propias resoluciones les serán pesadas pues tendrán el horror de la esclavitud y en cierta manera eso de obedecerse a sí mismo y de ejecutar los antiguos proyectos es una especie de esclavitud. Se han libertado hasta de la constancia y el universo entero los subyuga todos los días.

"Ese estado que nosotros conocemos, no consiente nada de durable. Habla, Trismegisto, tú que sabes exactamente lo que sucede en los tres mundos; tú que eres un gran viajero, habla y di: ¿no es verdad que de hoy más todas las obras serán vanas y vacías? ¿Hay un solo pueblo joven que haya logrado edificar un Partenón? ¿Dónde ha habido una Afrodita-gnidiana; un Edipo-rey; una ley comparable a las de Solón?...

-En realidad yo, no veo ninguno, dijo Mercurio.

-¡Ninguno habría podido tanto!... Allá los maestros de antaño viven una vida de infortunios, igual a la que tú viviste ¡oh Critón! cuando vagabas por las orillas del Estigio, soñando en la música del cielo, estando obligado a atar con tus propias manos las correas de tus sandalias. Y envueltos en un manto de ideas, se dejan maltratar por un marino que les reclama el precio del viaje... ¿Estoy en lo cierto, Mercurio?

-Sí Androcles; tus palabras son justas -respondió el dios (1).

-Pero esos aristócratas desaparecerán pronto del mundo. El fuego sagrado se consume, el arte inútil se muere y aun la naturaleza misma agoniza, no por culpa de la vejez ¡oh no! sino porque su bello seno está embarazado. Antiguamente nuestros matrimonios se arreglaban según tu voluntad que siempre se fijaba en un mundo elegante como tu talento: nunca los servidores llevaban la fecundidad más allá de los límites marcados por la ley del estado; cada país contenía justamente el número de habitantes que podía alimentar, vestir y honrar; esa moderación ha desaparecido...

XXXI

Porque, convirtiéndose en dueñas de si mismas, las mujeres han sonreído, ofreciendo a todos los hombres la urna fecunda que tú habías destinado a los mejores... ¡Y si sólo el deseo hubiese reinado sobre los caprichos!... El deseo los habría hecho más difíciles; un efebo encantador causa admiración a Júpiter; pero los que libertaron las almas, las complicaron al mismo tiempo, desencadenando en el universo un segundo deseo, contrario al primero, que en vez de inclinarse ante la belleza se inclina ante la fealdad, la mutilación y la mezquindad. Esa piedad desnaturalizada ha degradado al Amor. Se llama Caridad y todos se han creído dignos de ella; los necios, los débiles y los enfermos, se han bañado en su rocío. El cauce de tal río ensanchóse día por día y hoy está en camino de inundar el mundo, pues llena las soledades y es imposible andar por un camino cualquiera durante algunas horas sin distinguir su rostro marchito, su gesto vulgar que denota el deseo de prolongar su vida

vergonzosa... porque esa corriente ¡oh Critón! es un hombre... ¿Querrías tú parecerte a él?..."

-Es preciso convenir -dijo Mercurio- en que esa pintura es completamente fiel y en que las cosas que el esclavo dice, son verdaderas; Androcles ha adivinado.

-No, Mercurio, yo no he adivinado cosa alguna; yo razono simplemente. Pero tú, Critón, óyeme por favor: no subamos por el camino de los famélicos entrometidos; no nos ahoguemos en el mar de la multitud. Aquí todos estamos ligados a tu voluntad como las rocas a las montañas. Todos, desde el primero hasta el último, estamos familiarizados con tu cabellera dorada y con tu talle divino: el más humilde trenza la primera y perfuma el segundo. Nosotros somos los miembros de un hermoso cuerpo que

tú conduces con maestría, porque tú eres su pensamiento y su cabeza. A veces nos figuramos que un dios nos hace brotar de tu propio ser.

XXXII

Todos los servidores aplaudieron. Critón, indeciso, contentóse con suspirar.

-Androcles tiene razón -dijo al fin Mercurio.

Y cortando así el debate, levantó el vuelo llevando en la mano la copa de un lirio abierto que nadie había tocado.